

LO SERVIL

Se mire como liberación de obstáculos o como posibilidad de libre elección, la libertad alcanzable mediante la Reforma del Estado dictatorial era cosa distinta, en naturaleza y extensión, de la que se podía conseguir con la Ruptura democrática. Lo sabíamos todos, dentro y fuera del Régimen. El dilema Reforma «o» Ruptura no lo creaba la divergencia del método para alcanzar lo mismo, sino la modalidad servil o dominical de la libertad pretendida. Incluso el PSOE, que en Junio de 1976 se disponía a pasar por la ventanilla de Arias, nos decía en la Plataneta que eso daría a la oposición un instrumento legal para conquistar la libertad mediante la ruptura democrática. El PSOE sabía que la libertad reformada no era, ni podía llegar a ser, la libertad política, pero creía, o fingía creer, que la alternativa irreconciliable entre Reforma «o» Ruptura se podría integrar y resolver en un proceso único de realización sucesiva: Reforma «y» Ruptura. Y esa idea oportunista, consumada la entrega de todos los partidos a la causa reformista de la libertad servil, llegó a ser dominante en la opinión pública con la propaganda falacia de la «ruptura pactada».

La noción de libertad servil, la clase de libertad que hoy tienen los españoles, puede parecer, a primera vista, una contradicción en sus propios términos, o una desconsiderada manera de calificar a las libertades públicas consagradas en la Constitución. Pero una mirada experta en materia de libertades descubrirá enseguida que la expresión «libertad servil» no sólo no es contradictoria, sino que además responde con bastante precisión a la naturaleza de las libertades otorgadas desde el Poder, a unos súbditos que, frente al Referéndum Constitucional, no tuvieron la posibilidad de no elegir, ni la de elegir otra cosa distinta de la Monarquía de Partidos. La Reforma, en el recorrido de su camino y en la meta alcanzada, ha considerado a los españoles como siervos o, en todo caso, como menores de edad necesitados de la tutela de un partido para decidir o elegir lo políticamente correcto. La Ruptura, en todas sus fases y en sus fines, los vio y trató como señores de la libertad y electores del Poder. Lo servil estaba en la Reforma. Lo señorial, en la Ruptura. El libre albedrío político estaba en ésta. El «siervo albedrío» en aquella. En lo tocante a la libertad de acción y de elección, la Ruptura era pelagiana. La Reforma, agustinismo político.

En 1524, el moderado Erasmo defendió el poder de la voluntad humana en las decisiones o elecciones morales, sin caer por ello en el liberalismo absoluto de la herejía pelagiana, al no dar al «libero arbitrio» la importancia que daban los teólogos al libre albedrío. Al año siguiente, le contestó Lutero en su «De servo arbitrio». Y en esta obra está planteada la naturaleza «servil» de la libertad humana, necesitada de la tutela permanente de la gracia divina. Lo cual no significa que el



hombre esté dominado por la necesidad, pues el poder de Dios no es una necesidad sino un don. Basta sustituir la idea de Dios, por la de Partido, para entender por qué hablo con propiedad de «libertad servil»,

como entender por qué hablo con propiedad de «libertad servil», como designación de la que no permite a los ciudadanos acertar en su elección política sin el concurso de la gracia de Partido, sobre todo cuando este concurso es legalmente obligatorio, como sucede en el sistema constitucional de escrutinio por listas de Partido. La idea de que los partidos son mediadores o asistentes en la formación de la voluntad general se aparta ya de la radicalidad luterana, para caer en la ciencia media del «molinismo». Aquella doctrina del jesuita de Cuenca, Luis de Molina (1535-1600), que explicaba la libertad física y moral del hombre por la mediación del «concurso simultáneo» de la omnipotencia divina. La libertad ciudadana está hoy «servilmente» determinada por la omnipotencia de los Partidos Estatales.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

LA ÚLTIMA CITA DE JÁUREGUI

La minuciosa investigación posterior al asesinato del ex gobernador de San Sebastián, Juan María Jáuregui, ha abierto una serie de incógnitas que han preocupado a los correligionarios del fallecido miembro del equipo de Belloch y Margarita Robles. Éstas son las preguntas que se hacen, y que cuentan ahora a Juan Bravo, en el entorno de Jáuregui: ¿Por qué Eta decidió matarle, cuando Jáuregui era partidario abierto del diálogo con la banda? ¿Por qué le mató cuando estaba a punto de entrevistarse con un destacado cabecilla de HB, con quien se había citado a través de un intermediario el mismo día antes? ¿Qué relación pudo tener su

presunto interlocutor con la orden de asesinarle? ¿Pudo ser que, una vez localizado por su «movimiento negociador», Eta supiera que estaría desprevenido? ¿Significa su muerte que lo que pretendía Eta era eliminar a un partidario del diálogo, para cerrar todas las puertas y permitir que prosiguiera sin interferencias la estrategia de los «duros» de la banda, los que ahora mandan, de encontrar la situación hasta el límite? Estas preguntas y alguna respuesta podría indicar que entre los que mandan en HB hay un duro entre los duros, tanto o más que sus colegas de Francia.

Juan BRAVO



LA PARÁBOLA DE PRAGA

En la última semana hemos asistido a varios acontecimientos relevantes, que han puesto de manifiesto el desacuerdo de grandes sectores de la ciudadanía con la política económica que mundialmente se le impone. Muy llamativamente se encuentra la protesta, extendida ampliamente, de transportistas, agricultores y pescadores. Pero a este movimiento general se añaden otros sucesos muy expresivos; el fracaso de la reunión de Praga, o el rechazo del mítico euro en Dinamarca.

Lo ocurrido en Praga es, a mi modo de ver, lo más significativo y digno de reflexión por el alcance ideológico de sus planteamientos. Y parece una verdadera escenificación del drama que estamos viviendo. De una parte, 1.300 personajes reunidos, encerrados en la 55 Asamblea del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional y, de otra, la indignación crítica, lanzada a la calle. Personajes encerrados, he escrito, y no metafórica, sino literalmente, encerrados tras murallas de modernos materiales, rodeados por un ejército policial, cubierto el cielo por los helicópteros a su servicio y penetrando escondidamente, temerosos de gritos, abucheos, de posibles livianas agresiones. Encerrados, sí, pero no nos engañemos, poderosos, enormemente poder-



rosos. En las manos del BM y del FMI están las condiciones de nuestra vida material en todo el planeta imperialmente «globalizado». La imagen no puede ser más expresiva, del mundo en que nos encontramos, y de su hipocresía. Se pro-

clama una globalización superadora de fronteras, se exaltan los avances de la comunicación que nos aproxima a todos los humanos, Pero los poderosos, es decir los ricos, sus gestores y seguidores, se encierran y aíslan. Contemplemos en tantos lugares, las urbanizaciones clausuradas con barreras, custodiadas por vigilantes y perros guardianes. Aparecen paradójicos guetos no para los discriminados, sino para los discriminadores. La burguesía del siglo XIX urbanizó las grandes ciudades, trazó sus amplios bulevares y paseos, como comentó brillantemente Walter Benjamin. Ahora domina la hosquedad, y el retraimiento en el «Estado Guardán». El castillo feudal resucita equipado tecnológicamente. Y lo que comentamos en el espacio urbano se levanta magnificado en lo que se ha llamado la «Europa Fortaleza», en el bunker en que se convierte el «Primer Mundo». En cuyos límites se estrellan en EEUU en los países del sur de Europa, «los espaldas mojadas», los navegantes de pateras, las multitudes que huyen de la miseria en este mundo escindido.

Escindido, como lo ha estado la ciudad de Praga. En que, frente al palacio de las reuniones, las calles eran ocupadas por multitudes que se rebelan frente a la injusticia radical y manifiesta, no ya sólo del mito globalizador, sino del sistema capitalista. Se ha tratado de desprestigiar esta protesta, de manera bastante ridícula. Se ha insistido en que eran en su mayoría extranjeros, realidad muy lógica en la época de la globalización y única cosa en que coincidían enteramente con los 1.300 delegados llegados de todo el mundo. Con ello se insinúa que son profesionales de la protesta y viajeros de ella, pero, cuando los reunidos son profesionales y viajeros del orden económico mundial, preguntémosnos: ¿no tienen los mismos derechos aquellos que desean criticarlos? Máxime cuando los primeros lo hacen lujosamente con fondos que salen del contribuyente y los segundos recurren a sus propios medios, ya que hoy no es posible invocar el «oro de Moscú». Se alegrará, quizá, que están en su derecho de protestar pacíficamente, pero no de realizar actos violentos. Y nuevamente habría que argüir: ¿cabe mayor violencia que la de sostener, programar y fomentar, como hace la globalización, un orden mundial que condena al hambre y la marginación a la cuarta parte de la humanidad, mientras deposita la riqueza, en manos de una minoría privilegiada? Y se vale de la fuerza militar, de la intriga, de la propaganda, para hundir cualquier intento organizado de superar esta situación. En el pináculo del absurdo se ha afirmado con intención crítica que los protestatarios eran gentes bien alimentadas del Primer Mundo ¿Creen quienes así arguyen que sólo debemos movernos por intereses egoístas? La solidaridad y el desclasamiento son virtudes que necesita nuestra sociedad. Y en ellas ha de hallarse nuestra salvación.

Carlos PARÍS